

Nacido en Ri, Normandía, el 14 de noviembre de 1601, tras haber realizado sus estudios, entró en el Oratorio de Bérulle, fundado en 1611, y que aún conservaba el ambiente del fervor de los inicios. Conoció a Bérulle y a Charles de Condre, quienes le transmitieron una profunda enseñanza espiritual. Tras su ordenación (1625) fue enviado a Caen (1627). Demostró una caridad heroica asistiendo a los apesados durante dos epidemias. Desde 1632 se dedicó a las misiones populares. En las campañas misioneras en Normandía, Bretaña, Ile-de-France y Borgoña demostró ser un predicador de cualidades extraordinarias. Por donde pasaba convertía a sus oyentes. Su palabra y sobre todo su fe no dejan a los demás indiferentes.

En 1641 fue llamado para dar su juicio sobre Marie des Vallés (+ 1656), una persona humilde, a la que alguien acusaba de estar poseída por el demonio. Sin embargo, Juan vio en esta mujer unos dones extraordinarios propios de una persona de espíritu. Por ello más tarde se convertiría en su confidente y consejera. Mientras tanto, durante las campañas misioneras había comenzado a reunir sacerdotes de diferentes parroquias. Estos encuentros le habían hecho ver que sin una reforma del clero, toda predicación era inútil o por lo menos no podía dar frutos duraderos. Quizá por ello pensó que era necesario abrir casas para la formación de los candidatos a las órdenes.

Fue una iniciativa bien acogida en muchas partes, pero el superior del Oratorio, François Bourgoing (+ 1662) se opuso. Entonces Juan salió del Oratorio y fundó la Congregación de Jesús y María, con un doble campo de apostolado: seminarios y misiones. Así asumió la dirección de un cierto número de seminarios: Caen (1643), Coutances (1650), Lisieux (1653), Rouen (1659), Évreux (1667) Y Rennes (1670). También fundó la comunidad femenina de Nuestra

Señora de la Caridad del Refugio y la Tercera Orden del Admirable Corazón de María.

La doctrina de Eudes es sin duda cristocéntrica: «Os mando ... para anunciar el mismo evangelio que he anunciado. (*Oeuvres* VI, 23). El sacerdote se reviste del sacerdocio real de Cristo, su sacerdocio es por tanto uno con el suyo: «Vosotros sois en el sacerdocio, Jesucristo viviente, que camina por la tierra, representantes de su persona, hacédos vos veces» (ib 30). « Como J. J. Olier, el sacerdote es después de la Virgen la conquista más gloriosa del Salvador, por ser partícipe del oficio de mediador, de juez y de salvador del mundo: «Sois los salvadores del mundo que el Salvador ha dejado aquí abajo en su lugar para continuar y cumplir la obra de la redención del universo» (ib 29). En una página líricamente bella, Eudes escribe: «Vosotros sois la parte más noble del cuerpo místico del Hijo de Dios. Vosotros sois los ojos, la boca, la lengua y el corazón de Jesús mismo...Vosotros sois su corazón: porque por medio vuestro da la verdadera vida, la vida de la gracia en la tierra y la vida de la gloria en el cielo a todos los verdaderos miembros de su cuerpo» (ib 26).



Para Juan Eudes, el corazón de Jesús es la epifanía del amor de Dios.

De ahí su apostolado dirigido a manifestar la grandeza del sacerdocio como *Le Mémorial de la vie ecclésiastique* (1681), *Le bon confesseur* (1666), *Le prédicateur apostolique* (1685). Para los fieles publicó *Le Royaume de Jésus*, una obra destinada a un público amplio, escrita en 1637, mientras que la prueba de su madurez fue *Le Coeur admirable de la Mère de Dieu* (1681). Para la fiesta del corazón de María compuso también un oficio y textos litúrgicos. Murió en Caen el 19 de agosto de 1680. Fue beatificado en 1909 y canonizado en 1925.

(Texto de L. Mezzadri)

De su Tratado sobre el admirable Corazón de Jesús, Libro 1,5

Te pido que pienses que nuestro Señor Jesucristo es realmente tu cabeza y que tú eres uno de sus miembros. Él es para ti como la cabeza para con los miembros; todo lo suyo es tuyo: el espíritu, el corazón, el cuerpo, el alma y todas sus facultades, y tú debes usar de todo ello como de algo propio, para que, sirviéndolo, lo alabes, lo ames y lo glorifiques. En cuanto a ti, eres para él como el miembro para con la cabeza, por lo cual él desea intensamente usar de todas tus facultades como propias, para servir y glorificar al Padre.

Y él no es para ti sólo eso que hemos dicho, sino que además quiere estar en ti, viviendo y dominando en ti a la manera que la cabeza vive en sus miembros y los gobierna. Quiere que todo lo que hay en él viva y domine en ti: su espíritu en tu espíritu, su corazón en el tuyo, todas las facultades de su alma en las tuyas, de modo que en ti se realicen aquellas palabras: Glorificad a Dios con vuestro cuerpo, y que la vida de Jesús se manifieste en vosotros. Él ha de ser el único principio de toda tu actividad y de todas tus energías; debes vivir de él y por él, para que en ti se cumplan aquellas palabras: Ninguno de nosotros vive para sí mismo y ninguno muere para sí mismo. Si vivimos, vivimos para el Señor; si morimos, morimos para el Señor; en la vida y en la muerte somos del Señor. Para esto murió y resucitó Cristo: para ser Señor de vivos y muertos.